

Mi jaula

Hoy hace un año que no sale de casa, esa casa reconvertida en un refugio, y donde sigue sintiéndose segura. La última vez que piso la calle, era de noche, y apareció de la nada una sombra que se aproximaba cada vez más rápido hacia donde se encontraba. De nada le sirvió acelerar el paso todo lo que pudo, pronto pudo sentir como algo o alguien le impedía seguir su camino. Una sombra, que apenas se distinguía, dibujaba una mano que sujetaba un objeto que le recordaba la forma de una navaja, y supo que no se equivocaba cuando la fría hoja de aquella arma le acarició el cuello. Quería salir corriendo pero sentía como si la sangre se le helara y cayera de repente hasta sus pies, su cuerpo ya no respondió, se sentía incapaz incluso de respirar. El sonido del motor de un coche acercándose fue lo único que rompió el silencio de la calle. No pudo sentir, ni tan solo, el brusco movimiento que la separó de su bolso. La sombra desapareció entre más sombras, las sombras de árboles y edificios, únicos testigos de lo ocurrido. Después de lo sucedido, lo único que recordaba era estar en su casa, con todas las luces encendidas y sin entender como había llegado hasta allí. Nunca más salió, ni lo intentó.

La gente que antes la frecuentaba había desaparecido a medida que pasaron los meses, no podía evitar sentirse una carga para su familia y sabía que seguiría siéndolo porque el miedo cada día crecía. Cada noche los sueños

se convertían en sombras de las que no podía huir, oír el ruido del taladro en casa de los vecinos era un alivio cada vez que interrumpía las pesadillas. La luz y el ruido era lo único que le proporcionaba una falsa tranquilidad.

Muchas veces había deseado vergonzosamente vivir en una pequeña jaula, segura y lejos de todo; una jaula igual a la del pequeño canario que le regalaron para que tuviera compañía. El día en que su madre le llevo el canario, ella se vio incapaz de obligarlo a permanecer junto a ella, encerrado. La ventana del salón permanecía siempre abierta así que solo bastaba con abrir la puerta de la jaula; el pequeño la miro con curiosidad y recelo, bajo hasta la donde se encontraba el bebedero y se quedo ahí parado, mirándola fijamente hasta que ella se quedo dormida en el sofá. Estaba segura que en cualquier momento, en cuanto ella regresara al salón ya no lo encontraría. Pero el canario no se fue y la puerta de la jaula permaneció desde ese día abierta.

La noche ya había caído y podía oír todo el barullo, en casa de sus vecinos, cuando los obreros recogían las herramientas. La lluvia tranquila y serena de toda la tarde había dejado paso a una tormenta nada común. Un rayo, silencio y oscuridad. En menos de un segundo todo el barrio quedo a

oscuras. Fuera, sólo estaba uno de los obreros que se había quedado en medio del rellano a oscuras, lo único que tenía para alumbrar era un mechero que llevaba en el bolsillo; y mientras intentaba encontrar el camino, lo sobresalto una respiración agitada que no podía adivinar de dónde venía, seguida de un golpe seco y todo volvió a quedar en un completo silencio.

El sol ya ha iluminado toda la casa. El canario sale de su jaula, recorre el salón durante varios minutos y echa a volar, saliendo al fin, por la ventana. El cuerpo de la mujer yace en medio del salón. Su corazón se detuvo el momento en el que al mirar por la mirilla, a fuera solo puedo ver sombras. El miedo se esfuma y son libres.

Ruth Amaguaya